

Visita del Padre General

Mayo 2018

Madrid
Valladolid
Villagarcía de Campos
Alcalá de Henares

Galería de fotos: <https://flic.kr/s/aHsmbxybif>



Índice

| | |
|------------------------------------|-----------|
| Madrid..... | 2 |
| Valladolid..... | 14 |
| Villagarcía de Campos | 18 |
| Alcalá de Henares..... | 25 |

Homilía

Eucaristía de la reunión de superiores de la provincia de España

Universidad Pontificia Comillas. Alberto Aguilera, 23
Madrid. 11 de mayo de 2018.



P. General Arturo Sosa, S.I.

1ª Lectura: Hch. 18,9-18

2º. Salmo 46

Evangelio Jn 16, 20-23)

Queridos hermanos,

en las lecturas de hoy vemos como se cumple la advertencia que había hecho el Señor durante la Última Cena: a vosotros os tratarán como me han tratado a mí, a algunos os oirán, a otros os perseguirán, como me han perseguido a mí.

Eso es lo que hoy cuenta en la persona de Pablo. Pudiéramos repetir esa historia a lo largo de toda la historia de la Iglesia. En la actualidad, ¡todavía hay tanto perseguido por causa del Evangelio y en contextos completamente diversos! Tenía razón el Señor que eso siempre iba a ser así: que siempre es así, que la vocación apostólica misionera va acompañada de la acogida alegre de la gente, pero va también acompañada de persecución injusta.

El cónsul o procónsul Galión demuestra que Pilato no es el único gobernante que se lava las manos ante la injusticia con gente inocente. El lavatorio de las manos ante la injusticia del inocente continúa siendo también el pan nuestro de cada día y no solo para los cristianos. Parece que no alcanzamos una forma de gobierno que realmente ponga ese bien común que es la justicia por encima de los intereses particulares o de las propias restricciones de cada gobernante.

Pero además, en este texto vemos cómo Pablo se mueve, desde el análisis de la situación, al discernimiento apostólico, cómo no se limita únicamente a percibir, a ver las señales de lo que está sucediendo a su alrededor y la amenaza que esa situación le hace sentir. Percibe muy claramente los peligros que le acechan y las amenazas reales que se ciernen sobre él. No son una invención, como se ve al final del texto. No es que él lo imaginase, como resultado de alguna manía persecutoria. De verdad estaba amenazado.

El análisis de la situación aconsejaba prudentemente a Pablo marcharse para evitar la persecución y quizá hasta para salvar la propia vida. No se trataba de una amenaza tonta, ni de una amenaza suave. La visión nocturna ciertamente es el símbolo del discernimiento en este texto y en otros textos de la Escritura, imagen de la intervención del Espíritu en la vida de las personas que son capaces de abrirse a esa dimensión expresada aquí en este sueño, cuando uno está más allá de uno mismo, cuando uno se pone en conciencia, en sintonía con el Espíritu.

El Señor dice a Pablo: “No te vayas. Habla y no calles. Sigue haciendo lo que estás haciendo, a pesar de los riesgos que estás corriendo”. Situación semejante a la de Jesús en Getsemaní, que también ve las amenazas que se cernían sobre él y pide al Padre sudando sangre: “Aparta de mí este cáliz. Pero hágase tu voluntad”. Marcha a Jerusalén, y allí sucede lo que sucedió.

Amenazas que han escuchado hermanos nuestros en Siria, en Alepo o en tantos países, en este momento en que lo que sería prudente sería salvar el pellejo. Pero la prudencia del Señor no siempre es esa.

Entregar la vida es algo muy real, no sólo una imagen. Nuestro deseo es ser fieles a nuestra vocación. Todo el que se toma en serio su vida cristiana, se abandona en manos de Dios. Esa es la clave, “hágase en mí según tu voluntad”. Esa es nuestra confianza.

He mencionado hoy al Padre Arrupe. ¿Cuántas veces habrá formulado una oración semejante y cuántas veces habrá repetido a los jesuitas “pongamos la confianza en el Señor”? La confianza puesta en el Señor permite superar los miedos. Porque miedo tenemos, como miedo tenía Pablo, y miedo tenía Jesús, y miedo tienen tantas personas. Ante una amenaza sería absurdo no sentir miedo, sería inhumano no tenerlo; pero si ponemos nuestra confianza en el Señor nos va a ser posible superarlo. “No tengáis miedo, yo estoy con vosotros”. En cierto modo, “yo estoy con vosotros” significa estar en la Cruz, es estar clavado en la Cruz. Es perder el miedo a la muerte como dice la Carta a los Hebreos, para tener vida, para ser libres. Perder el miedo es readquirir la libertad. Es la indiferencia de la que habla Ignacio: “tened confianza”.

Es cierto que existe el dolor del parto. Pero “el miedo y la tristeza se transformarán en gozo”. Existen el miedo y la tristeza, son

reales la Pasión y la muerte; es una realidad la cruz, sin la cual no es posible Pascua.

La Pascua supone un largo proceso, que nosotros recorremos porque hemos elegido, como Jesús, decir con sinceridad “hágase tu voluntad y no la mía”: ‘Yo, desearía no pasar por esto, pero si es necesario dar la vida para que otros la tengan, aquí estoy, Señor’. Sólo así compartimos la vida del Resucitado, la vida de Dios.

La imagen de la mujer que da a luz es muy poderosa. Conocemos el dolor que nos permite dar fruto y llegar a tener en los brazos el hijo que hace olvidar todo lo pasado. El Señor Resucitado, que ha entregado la vida ha dado sentido al dolor del parto, ha hecho que la amenaza y el miedo cobren sentido.

Y el Señor confirma a Pablo en su misión: “habla y no calles”. Aunque te veas en situaciones complejas, incomprensibles o peligrosas, “habla y no calles”. Porque es fácil evitar el miedo y el dolor es pasar agachándose, como quien no tiene nada que ver con todo ello: “habla y no calles”, aunque arriesgues la piel.

Vivimos un proceso de enormes cambios sociales, uno de los cuales es el secularismo: “habla y no calles”. ¿Cómo podemos suscitar la fe si no presentamos el mensaje? ¿Cómo podemos ser seguidores de Jesucristo si no decimos su palabra, si no hablamos de Él, que es la Palabra?

No podemos callar, en situaciones de increencia, de peligro, de indiferencia, de dificultades, de modos muy diversos de concebir la vida religiosa... El Señor nos confirma en esa misión, de presentar con transparencia quién es Él, desde la relación personal que hemos desarrollado con Él.

Yo creo que este encuentro es una gran oportunidad para seguir recibiendo la confirmación del Señor. Para sentirnos confirmados como cuerpo de la Provincia de España y como cuerpo de la Compañía de Jesús. Para escuchar que podemos elegir de nuevo, y que perder el miedo es posible si nos ponemos honesta y totalmente a su disposición.

Que así sea.

Encuentro con jesuitas y laicos en Maldonado



Residencia del Sagrado Corazón y S. Francisco de Borja de Madrid.
Viernes 11 de mayo de 2018.

P. General Arturo Sosa, S.I.

Buenas tardes a todos.

Muchas gracias por estar aquí esta tarde y hacerme sentir como en casa. He recibido un buen número de preguntas firmadas por varios grupos, que supongo aquí presentes, y he organizado mi presentación en cinco puntos, en los cuales espero haber incluido las inquietudes que esas preguntas expresan. No responderé a las preguntas en directo, pero espero que el contenido de las mismas está incluido en lo que quiero compartir con ustedes esta noche, en cinco puntos.

1 ¿Cómo nos vemos?

Como un cuerpo de amigos **del** Señor y amigos **en el** Señor. El cuarto Evangelio, el Evangelio de Juan, San Pablo en sus cartas y el mismo San Ignacio de Loyola usan con gran frecuencia la imagen del cuerpo para hablar de la Iglesia y para hablar de la Compañía de Jesús. El cuarto Evangelio, de manera especial, usa la imagen de la vid para explicar lo que somos. La Compañía de Jesús está al servicio de la humanidad dentro de esta misión de toda la Iglesia.

En la liturgia de la Pascua cuando leemos los capítulos que siguen al número 13 del evangelio de San Juan vemos aparecer constantemente la imagen de la vid. *“Ya no os llamo siervos sino amigos”* porque he compartido todo lo que soy y tengo con vosotros. *“Sin mí no podéis hacer nada”*. Los sarmientos, si no están injertados en la vid, son como cuerpo sin cabeza. Son imágenes que hablan de nosotros. En un cuerpo, en una vid, hay elementos y partes diferentes, con funciones diferentes. Sin esa variedad, no existen ni el cuerpo, ni la vid. No todo puede ser racimo de uvas o rama o tronco; no todo puede ser cabeza o nariz, pies o manos. Si no hay diferencias no hay cuerpo, y si ese cuerpo no está integrado no puede funcionar.

Esta concepción introduce un concepto, una expresión, que en el lenguaje de los jesuitas y en el de la Iglesia se ha hecho común recientemente. La idea de la colaboración: el sentirnos **colaboradores**. La colaboración hace posible el funcionamiento del cuerpo y su servicio a la misión.

Pero, como es obvio, la colaboración se puede entender de diversas maneras y aquí es donde, en mi opinión, surge, para la Compañía de Jesús, un desafío: ¿Cómo entender la Compañía de Jesús como colaboradora de algo más grande que ella, y cómo entender eso más grande que ella misma, con lo cual la Compañía de Jesús está invitada a colaborar? La Compañía de Jesús, cuerpo apostólico integrado por jesuitas, laicos, laicas, religiosos y religiosas, por todas esas otras personas que prestan su contribución al apostolado que intentamos hacer, colaboradora de algo mucho mayor: de la misión de reconciliación de todas las cosas en Cristo, encomendada a la Iglesia, que es la comunidad de los seguidores del Señor.

Como pueden ver la colaboración se entiende en el seno de un cuerpo mayor. Quiero expresar que las imágenes evangélicas del cuerpo o de la vid, aplicadas a la Compañía, invitan a que nos sintamos

parte de un cuerpo más grande que nosotros, del cuerpo de la Iglesia. Que nos entendamos como una de las ramitas de la vid, que está injertada en el tronco que es Jesús. Si no es en esta perspectiva, no podemos atender a la llamada que estamos recibiendo a ser colaboradores.

San Ignacio usaba con frecuencia la expresión “mínima Compañía”. No porque fueran pocos o muchos los jesuitas. Es cierto que al comienzo el número de jesuitas era realmente pequeño, si bien en tiempos de San Ignacio la Compañía creció con rapidez. La expresión de “mínima Compañía” no se refería al tamaño de la Compañía, se refería a su posición. La Compañía que estaba “al servicio de”, era “mínima” porque no era ella la que decidía en último término por sí misma, sino que estaba referida a cosas más grandes que ella: a la Iglesia, el Servicio, la Misión de Cristo.

He aquí la lección que hemos de aprender. Ojalá pudiéramos decir que nos estamos convirtiendo, porque vamos camino de ser una mínima y colaboradora Compañía de Jesús, digna de usar el adjetivo de *mínima Compañía*. Los jesuitas asimilamos poco a poco la complejidad de esta colaboración, hasta constituir un cuerpo apostólico con quienes compartimos la misma tarea dentro de la misión de la Iglesia. Esta misma reunión es expresión de lo que voy diciendo. Todos formamos el mismo cuerpo al servicio de la misión de la Iglesia. Somos compañeros de misión.

Una pregunta que quizá aquí es menos evidente en vuestro contexto que en otras partes de mundo sería la siguiente: “¿Qué lugar encuentran en este cuerpo, en esta colaboración, aquellos que no comparten la misma fe cristiana?” En mi última reunión paralela a esta de hoy, celebrada en Bangalore (India), con un grupo más o menos de estas dimensiones, posiblemente la mitad de los presentes no eran cristianos. Y sin embargo se trataba de personas comprometidas a fondo en las obras apostólicas de la Compañía local. Hace un año, en Indonesia, me reuní con un grupo de profesores y profesoras musulmanes en la universidad que regenta la Compañía en Yakarta. Una de las profesoras llevaba más de 25 años trabajando en la universidad,

colaborando en ese proyecto de la Compañía.

Es verdad que existe un punto de unión. La fe cristiana no es algo exterior a la humanidad, la fe cristiana tiene su origen en el Dios hecho hombre que es Jesús. El Señor Dios se revela a través de un ser humano, Jesús. Eso hace que en la humanidad se refleje el rostro de Dios. Nadie ha visto a Dios nunca, dice el prólogo del cuarto Evangelio. Pero a Dios nos lo ha mostrado el hombre Jesús. En esa realidad de la humanidad que se libera y se pone a disposición de los otros, en esa libertad interior - lo que nosotros, en el lenguaje ignaciano llamamos indiferencia - hay un punto de unión con cualquier ser humano. Toda persona humana es capaz de adquirir la libertad interior que le permita ponerse al servicio de los demás.



Esa es la colaboración de la que estamos hablando, en ella nos encontramos con personas que no necesariamente comparten la fe que nosotros profesamos y que no pretendemos esconder. Porque la nuestra no es una fe clandestina, ni una fe privada, que expresamos solamente entre nosotros. Las instituciones apostólicas de la Compañía tienen una identidad cristiana y católica, que no escondemos. Pero la fe no eleva barreras ni muros, sino que se convierte en una llamada a sentirnos colaboradores en cosas que son más grandes que nosotros. Este es el mensaje central que deseo transmitir esta tarde.

Por supuesto que un cuerpo no funciona sin su cabeza. El cuerpo de la Compañía y el cuerpo de la Iglesia tienen cabeza, que es el Papa. El P. General, recibe la misión del Papa a través de la Compañía. Deseo puntualizar a

continuación algo que me parece interesante, porque las imágenes no siempre revelan con exactitud la realidad, no son sino imágenes. Si debo puntualizar más exactamente cuál es la cabeza de la Compañía de Jesús, he de decir que no es el Padre General; es la Congregación General. El General de la Compañía es un delegado del cuerpo de la Compañía de Jesús; la cabeza no existe sin el cuerpo, igual que el cuerpo no puede vivir sin su cabeza. El General de la Compañía de Jesús es producto de una elección. Y elección no sólo porque es resultado de una votación, sino elección en el sentido ignaciano, de la Compañía que discierne reunida en Congregación General. Es un cuerpo que delega en el General lo que como cuerpo desea llevar adelante, lo que se propone hacer al servicio de la Misión de la Iglesia, que ha recibido de la cabeza de la Iglesia que es el Papa.

La CG36 no sólo ha confirmado y profundizado en la manera de entender nuestra colaboración en la Misión de Cristo desde el carisma propio de la Compañía de Jesús; no solamente ha confirmado el qué de nuestros apostolados, sino que ha insistido en la importancia de *los cómo*. Qué hacemos y cómo lo hacemos. Y por eso la CG36, como recordó el anterior provincial de España hace ahora un año y medio, nos ha invitado a revisar cómo realizamos nuestros apostolados, y a incorporar en nuestro modo de ser el discernimiento en común, la planificación apostólica, la colaboración y el trabajo en redes como modo ordinario de nuestro de trabajo.

Nuestros *cómos* están vinculados según las orientaciones de la última Congregación a esas palabras: **discernimiento en común**. Y me creo en la necesidad de subrayarlo, porque posiblemente los jesuitas y los que estamos vinculados a la espiritualidad ignaciana nos sentimos más familiarizados con el discernimiento personal y, sin embargo, encontramos mayor dificultad, porque ciertamente el discernimiento en común es más complejo.

Pero la CG se refiere precisamente al discernimiento en común y lo vincula a la planificación apostólica. Podríamos decir que, aunque fuera posible hacer mejor, y con más exacta planificación lo que ya hacemos, una mejora de este tipo, si se hace sin discernimiento, no es según el modo como la Compañía quiere trabajar. Al mismo tiempo, si el discernimiento no culmina en una planificación apostólica concreta, se queda en un bello homenaje a la espiritualidad ignaciana sin frutos apreciables. Discernimiento en común y planificación apostólica son cosas dos cosas que deben caminar unidas. Y aún añade la Congregación General: en colaboración, como colaboradores. No podemos ser autorreferenciales y no queremos serlo. Formamos parte de algo más grande. Y en ello colaboramos, siguiendo el mandato de hacer nuestro trabajo en red, como modo normal de trabajar. Éste es otro de *los cómo* que hemos de asimilar.



Con los años, y no sin mucho sudor y lágrimas, vamos aprendiendo a trabajar en red. Me gusta compartir con ustedes la emoción que significó para mí, en octubre pasado, la reunión que mantuve en Río de Janeiro con los delegados de educación de toda la Compañía. Era la primera vez, en 460 años de historia, en que se encontraban frente a frente todos los delegados de educación de todas las provincias de la Compañía en un mismo recinto, para pensar juntos. Es difícilmente ponderable la energía que esa realidad generó. La energía de sentirse formando parte de algo más grande. Cuando en uno de nuestros colegios se coloca en público un mapa con los diferentes centros educativos jesuitas del mundo, los alumnos y profesores captan que su colegio forma parte de tantos otros colegios, y en ellos se genera una energía distinta. Pronto vamos tener en Bilbao, el próximo mes de julio, la tercera reunión de todas las universidades vinculadas con la Compañía de Jesús, que son unas doscientas. Es parte del mismo esfuerzo que busca ir generando procesos de trabajo en red. Esos cómo es lo que la Compañía nos invita a convertir en nuestro modo normal de tomar decisiones, de planificar, y de aprovechar mejor los recursos a nuestra disposición, colaborando a través de las redes apostólicas.

Quiero subrayar otro importante elemento de la espiritualidad ignaciana: la tensión del *Magis*. El *Magis* ignaciano, que nos impulsa constantemente a hacer más de lo que hacemos y a hacerlo mejor. El modo de vida de Jesús, modelo para sus seguidores en la Compañía de Jesús y en la Iglesia de Jesucristo, es un modelo radicalmente inconforme. Así lo expresa la espiritualidad ignaciana. No basta hacer mucho y bien porque sabemos que siempre es posible hacer más y mejor. Eso es lo que significa el *Magis* con su tensión positiva. Si no fuera así, con mucha facilidad nos dormiríamos en los laureles, nos sentiríamos satisfechos de lo que hacemos y viviríamos contentos. Es verdad que tenemos razón para sentirnos contentos con lo que hacemos, con lo que se ha hecho, con la historia de la Compañía, con la tradición, con lo que tenemos entre manos, pero siempre manteniendo ese punto de disconformidad. ¿Podemos hacer algo más y, sobre todo, podemos hacerlo

mejor? La palabra *magis* se puede traducir en los dos sentidos.

Es el cuerpo como conjunto el que asume todas las dimensiones de la misión como ha definido la Congregación 36, cuyo primer decreto lleva por título “Compañeros en la Misión de Reconciliación y de Justicia”. Ya he hablado de la palabra “compañeros” al referirme al tema de la colaboración. En la reconciliación cabe distinguir tres dimensiones importantes:

- *la reconciliación entre nosotros*, en un mundo asediado por guerras, violencia, desigualdades, migrantes no aceptados, injusticias, pobreza. En un mundo que nos rodea y que conocemos bien, ¿cómo reconciliarnos con los seres humanos con quienes compartimos este mundo y este momento de la historia?
- *reconciliación con la naturaleza*, con el medio ambiente, tras haber generado una injusticia tan grande que es capaz de acabar con el planeta. En estas circunstancias, ¿cómo podemos reconciliarnos con la creación de Dios, con la naturaleza que se nos ha regalado como medio de vida?
- *la reconciliación con Dios*.

Esas tres dimensiones están entrelazadas y constituyen un tejido. Una tentación religiosa sería reconciliarnos con Dios, sin reconciliarnos con el hermano - el Evangelio lo dice bien claramente - y sin reconciliarnos con lo que Dios ha creado. Es necesario que el cuerpo asuma las tres dimensiones en conjunto. Me refiero también a cada obra concreta que llevamos adelante: en un colegio, por ejemplo, aunque cada persona tenga distintas responsabilidades y realice una contribución o colaboración diferente a la misión común, todos deben encontrar la misma fuente de identidad y de sentido en lo que realizan. Porque el cuerpo mismo tiene identidad y sentido. En ese mismo colegio, la Pastoral no es sólo tarea del que exhibe en su oficina el rótulo “Director de Pastoral”. La palabra Pastoral tiene su origen en la imagen del Buen Pastor. Personalmente llevo mal cuando paso bajo un rótulo de ese tipo y advierto que ha habido una apropiación indebida del símbolo de los pastores y que se está asociando al pastor con el jerarca. Cuando el que usa el báculo no es el pastor, es el

obispo, siendo así que la imagen evangélica no se refiere a los obispos, no se refiere a los sacerdotes, sino que se refiere a todo ser humano. ¿Qué tipo de relación queremos establecer, para poder ser imagen de Dios? Leyendo los textos del buen pastor percibimos una imagen que es compleja. Jesús aparece como el buen pastor, pero a la vez como la puerta por la que hay que pasar. Es el que camina delante, pero a la vez el que está pendiente del que va detrás, de que no se pierda ninguno. Hemos de concluir que el sentido de la pastoral tiene que ver con el sentido de cuerpo. Está íntimamente unido a la relación que establecemos y la identidad que encontramos en ese proceso. Cuando trabajamos en nuestra pastoral por la reconciliación deseamos crear el tipo de relación humana que responde a lo que refleja la imagen evangélica del buen pastor. Se trata de una función que realizamos desde cualquier función que sea la nuestra, más específicamente “pastoral” o no, pero parte siempre de la identidad de una institución de la Compañía, de una comunidad, de un grupo concreto.

Ustedes saben que ahora estamos inmersos en un proceso de discernimiento que intenta definir nuestras “preferencias apostólicas universales”. Es un ejercicio que nos está poniendo a prueba y, desde mi punto de vista, está ofreciéndonos una prueba de que somos capaces de implicarnos en un discernimiento en común que implica a todo el cuerpo de la Compañía, con toda su enorme dimensión y su gran dispersión, y a todo el cuerpo apostólico: no son los jesuitas solos los que definen sus propias preferencias, y además deben hacerlo en contraste con la Iglesia. Es una ocasión única, que podemos aprovechar para inspirar en los diferentes lugares una planificación apostólica con raíces locales, pero con visión universal. Esta es, sin duda, una oportunidad para incluir la reflexión sobre los recursos disponibles y su mejor administración, en la tensión del *Magis*.

Finalizo así el punto primero sobre el sentido de cuerpo, del ser compañeros y compañeras del Señor, y en el Señor.

2. El tema de la comunicación, como herencia ignaciana de cara al futuro

El cuerpo de la Compañía de Jesús existe gracias a la comunicación. Sucede lo mismo en cualquier cuerpo: el cuerpo humano funciona porque se comunica, porque existe en él todo un sistema de comunicación. La Compañía de Jesús nace como un cuerpo unido y en dispersión. Hasta el momento del nacimiento de la Compañía, se concebía la unión entre los miembros sobre la base de que estaban juntos en el mismo espacio. Ignacio y sus compañeros se enfrentan pronto al desafío de cómo ser un cuerpo unido y a la vez disperso; comunidad y dispersión. Eso es posible solo si mantienen una buena comunicación. Dando un paso más allá, la Compañía de Jesús, como parte de la Iglesia, es un cuerpo que nace para comunicar, para comunicar algo. El único sentido de la Iglesia, el único sentido de la Compañía, es comunicar la buena noticia del Evangelio. Esta es la razón de ser y lo que da sentido a todo lo que hacemos.

Hay que contextualizar esa reflexión en el momento actual, la era de la comunicación. La humanidad ha definido, y no le falta razón, su propio proceso histórico, al decir que actualmente su principal característica es la comunicación. Hoy tenemos a nuestra disposición una manera de comunicarnos bien distinta de la que se poseía en el pasado, con todas las ventajas que eso tiene y todos sus riesgos. Pero si la Compañía de Jesús es un cuerpo que viene de la comunicación y que nace para la comunicación, ha de entrar en esa dinámica de una manera creativa, novedosa, inspirada en la dinámica del Evangelio.

La comunicación ha cambiado mucho y seguirá cambiando. Es el eje histórico de esta nueva época. Aceptemos el doble reto de mejorar tanto la comunicación que produce y alimenta la vitalidad del cuerpo apostólico, como la manera de comunicar el anuncio de la buena noticia que es nuestra razón de ser. Aplicándolo a la provincia de España, que es una provincia muy grande y muy dispersa y con muchas personas: ¿cómo se puede unir ese cuerpo? La comunicación es una clave para tener sentido de cuerpo y no simplemente sentido de federación o de grupo de personas que se mantienen juntos porque poseen alguna referencia a la espiritualidad común. Deseamos un cuerpo

de verdad unido, que al mismo tiempo mantiene una fructífera dispersión que lo hace apostólicamente efectivo.

Algunos pasos vamos dando para mejorar nuestra comunicación. Hace dos semanas se celebró en Roma una reunión de los encargados de comunicación de las seis conferencias superiores mayores en las que está dividida la Compañía. Compartimos lo que cada una de las regiones ha venido haciendo, y buscamos cómo poner en relación más estrecha lo que hacemos unos y otros. Es mucho lo que se hace en cada región y vamos buscando maneras de establecer una mejor comunicación entre todos. En la Curia General estamos empeñados en renovar nuestra comunicación. Trabajamos tanto en la mejora de la página *web*, como en la formación de un equipo más complejo y más cualificado de comunicadores. Espero que a partir de septiembre, podamos contar con ese equipo de 4 o 5 personas dedicado a encontrar el modo de cómo podemos mejorar nuestra comunicación, para que el cuerpo unido y disperso sea más efectivo en la comunicación del Evangelio.

3. La necesaria conversión ecológica

Una de las dimensiones que menciona la CG36 es la reconciliación con la creación y el cuidado de la casa común, tema que ha puesto sobre la mesa el Papa Francisco de una manera muy incisiva. Es un tema en el que, según mi opinión, nosotros, como decimos en Venezuela, vamos “raspados”, no aprobamos. Es una asignatura pendiente.

La Compañía de Jesús no aprueba en la materia de contribución al equilibrio ecológico. Es algo a lo que no hemos dado suficiente importancia. Seguimos formando parte de la humanidad que contribuye al deterioro con nuestro estilo vida, con el uso que hacemos de las construcciones, con nuestro consumo de la energía, con la cantidad de plásticos que tiramos a la basura. En lo pequeño y en lo grande. En este punto necesitamos una conversión, porque de verdad es un camino que va contracorriente y significa cambiar hábitos muy interiorizados. Supone un esfuerzo alcanzar un estilo de vida y de trabajo

apostólico que modifique el uso de los recursos que contribuyen al equilibrio ambiental. Es un desafío en todos los niveles de la vida de la Compañía, tanto en la vida comunitaria, como en nuestros edificios, nuestro modo de usar los transportes, etc. La lista sería muy larga porque queda mucho por hacer.

Este tema afecta de manera inmediata a nuestro apostolado. Teniendo a nuestra disposición un instrumento importantísimo como es la educación, con miles de escuelas y miles de horas de clase al día, ¿cómo puede la pedagogía de la Compañía de Jesús contribuir a ir transformando la preocupación ecológica en tema cultural de primer orden? Se trata de cambiar la cultura humana, que no se cambia con un momento de reflexión, ni simplemente reduciendo el consumo del plástico; se cambiará sólo cuando cambien los modos de producción y evolucionen las relaciones entre nosotros, pero sabedores de que todo eso sucederá dentro de varias generaciones. Tenemos que comenzar ya, porque lo que nunca se comienza nunca se acaba. ¿Cómo hacemos? ¿Estamos realizando un esfuerzo consciente en nuestra pedagogía educativa?

Cabe aplicar el mismo razonamiento en el trabajo parroquial y en la reflexión sobre nuestros centros sociales, en la lucha por la justicia, por los derechos humanos. Los derechos de las generaciones del futuro dependen de nosotros. Otro campo, en mi opinión, de conversión profunda y una larga tarea pendiente.

4. Las vocaciones

El cuarto punto se refiere a las vocaciones. Es una preocupación que tenemos todos. No podemos olvidar que la vocación es una llamada y que quien llama es el Señor. Las vocaciones no son un tema de la voluntad, es un tema de gracia; el que llama es Dios. Se trata de un regalo. Esa es una premisa que no podemos olvidar.

Sabemos, además, que el Señor no cesa de llamar, y, de este lado, hay una decisión libre por parte de seres humanos, que eligen acoger o no esa llamada. Diría más, que eligen, primero, escuchar y, después, elegir o no esa llamada. Y ahí surge nuestro dilema:

¿Cómo creamos las condiciones personales y grupales para hacer posible la escucha de esa llamada? Posiblemente hay mucho ruido alrededor de nuestras vidas, de las vidas de los más ancianos y de las vidas de los más jóvenes: un ruido que no permite escuchar la llamada. Por eso el practicar y enseñar a hacer silencio interior es muy importante para que sea posible escuchar la llamada.

Y una vez que se crean las condiciones para escuchar la llamada, hay que acompañar procesos. Porque la elección es un proceso y no algo repentino. No es un amor a primera vista. El proceso de elección ante la llamada es complejo, ¿cómo se acompaña?

Debemos recordar que la primera vocación es a una vida cristiana auténtica. Hace unos días, conversando con un periodista italiano, me decía que la Iglesia estaba perdiendo terreno debido a la secularización. Yo le respondía algo así como que doy gracias a Dios por el proceso de secularización que se vive en nuestras sociedades occidentales y un poco por todo el mundo, y que supone una gracia, porque hace que ahora ser cristiano sea efectivamente una elección.

En las sociedades de cristiandad, ser cristiano era algo así como respirar, como tener el carné de identidad: *“usted nació aquí y, en consecuencia, aquí tiene el carné de identidad cristiana”*. Cuántos miles de personas, millones de personas, pasaron como cristianos toda su vida, sin haber hecho nunca una elección de ser cristianos. Este proceso nos está obligando a hacer una elección. Hay que ser cristiano porque yo quiero serlo, porque siento una llamada, como persona, como comunidad, para ser cristiano. Sentir esa llamada y elegir es la primera vocación. El desafío para nosotros es ofrecer espacios en los que se pueda escuchar la llamada, en los que se puedan vivir los procesos y crecer en la vida cristiana.

La vida cristiana no se vive individualmente, se vive en comunidad. La comunidad es el espacio donde se desarrolla la vida cristiana y donde se desarrolla la vocación. Donde se acompañan los procesos de elección de que estamos hablando. Y ofrecer esos espacios es un desafío al cual tenemos que responder.

La vocación a la Compañía de Jesús. Afronto este tema tan específico porque sé que nos preocupa a todos. No hay, y nunca ha habido, suficientes vocaciones a la Compañía, porque el campo siempre es más grande que lo que nosotros podemos abarcar. Desde luego implica algunos desafíos para nosotros, porque la vocación a la Compañía de Jesús depende de la calidad de los miembros de la misma Compañía. Si los miembros de la Compañía no son personas consecuentes, coherentes con su vida religiosa, con su vida apostólica, con lo que da sentido a lo que escogieron, difícilmente van a surgir vocaciones a la Compañía de Jesús. Si la Compañía de Jesús no tiene creatividad apostólica, no es capaz de aceptar los desafíos del tiempo actual ni de ponerse a su altura, de responder a esos desafíos de una forma creativa y eficiente, difícilmente atraerá vocaciones. Un compañero jesuita de mi provincia venezolana decía “nadie se alista en un ejército en retirada”. Si damos la impresión de ser un ejército derrotado y en retirada, no imaginemos que alguien va a venir con deseos de alistarse en este ejército. Yo no tengo especial predilección por las imágenes bélicas, al jesuita que mencionaba antes le encantan. Si no hay entusiasmo en lo que hacemos, si no hay algo que de verdad muestre que no somos guardianes de un museo de glorias pasadas, no hay manera de que surjan vocaciones a la Compañía de Jesús.

Otra cosa que creo muy importante, es rescatar la imagen de la Compañía de Jesús como vida religiosa consagrada. Personalmente hace 50 años que mantengo una pelea con mi familia, porque me llaman “el cura”. Yo respondo: *“yo no soy cura, yo soy jesuita”*. La vocación a la Compañía de Jesús, no es una vocación al sacerdocio, es una vocación en primer lugar a la vida religiosa, una vocación que también incluye, para muchos de sus miembros, el ministerio sacerdotal. Pero el ministerio sacerdotal entendido al modo de la Compañía de Jesús.

La Congregación General 36 tomó como imagen inspiradora a los primeros compañeros reunidos en Venecia, antes de la fundación de la Compañía de Jesús, cuando decidieron marchar a Roma para ponerse a disposición del Papa. Poco después llegaría

la fundación de la Compañía, a raíz de la llegada a Roma y la deliberación que conocemos. En aquel momento, cuando los 10 primeros compañeros deciden formar un grupo y ponerse al servicio de la iglesia... sólo uno estaba ordenado de sacerdote. Era Pedro Fabro. Los demás no lo eran. Habían estudiado teología y se iban a ordenar al poco tiempo, pero no estaban ordenados. Lo que los unía era el deseo de llevar una vida consagrada, dentro de la cual el ministerio sacerdotal formaba parte del tipo de servicio y modo de servicio que ese grupo quería prestar a la Iglesia.

La Compañía de Jesús ha tenido, a lo largo de toda su historia, jesuitas eminentes laicos. Lo que llamamos hermanos jesuitas. Y debo confesar que si algo siento yo en este momento como una falta en la Compañía, son los hermanos. La Compañía de Jesús ha disminuido como cuerpo en número, pero la disminución más dramática ha sido la de los hermanos jesuitas. Significa para mí un dolor grande y una gran preocupación. Por eso digo que las vocaciones a la Compañía dependen en gran parte de que seamos capaces de ofrecer la imagen de una vida consagrada, que tiene un sentido específico alrededor de lo que es el carisma de la Compañía, en el cual hay un espacio inmenso para hermanos laicos y sacerdotes en la misión. Ojalá el Señor nos regale muchas vocaciones de Hermanos en la Compañía.

5. Desafíos de la Iglesia.

Termino con un último punto: los desafíos que, en mi opinión, vive actualmente la Iglesia.

5.1. El primero, es un desafío que surgió hace tiempo y que puedo durar todavía bastante tiempo. Es el desafío de encarnar la eclesiología del **Vaticano II**: hacer que la iglesia se convierta en el pueblo de Dios, un pueblo laico, una iglesia laical, comunidad de comunidades laical abierta a la inspiración del Espíritu Santo y capaz de discernir. El peso de la Iglesia está en ese pueblo. Un cuerpo con funciones diversas, dentro del cual existe el ministerio sacerdotal, y el ministerio episcopal. La palabra *ministerio* es la clave: el ministerio sacerdotal es un servicio al cuerpo, a la

comunidad, al gobierno de ese cuerpo. Nosotros con más facilidad aceptamos el concepto de jerarquía que el de servicio pastoral. Quizá sea ésta una de las luchas en las que se ve envuelto el Papa Francisco. El intento por cambiar la idea de que el obispo no es un jerarca sino un pastor, al servicio de su pueblo.

Este primer gran desafío de encarnar la eclesiología del Vaticano II tiene muchos pasos que dar. *“Han pasado 50 años del Concilio; tenemos tiempo todavía para hacer”*. Es cierto, una transformación de esa naturaleza no se hace en cincuenta años, si ha de ser una transformación en profundidad. El Papa es muy consciente de que los 50 años que han pasado no han constituido un proceso lineal, sino una lucha entre los que desean que se realice esa renovación y los que se esfuerzan por mantener el esquema de Iglesia vertical que replanteó el Concilio.

5.2. El segundo desafío se puede formular así: la iglesia se fija más en el poder de los signos que en los signos del poder, usando una formulación del obispo italiano Monseñor Antonio Bello, fallecido hace un par de décadas, y que fue uno de los obispos que creyó que el Vaticano II había que hacerlo realidad en la Iglesia. Para que la Iglesia sea la Iglesia de Jesucristo, decía, deberá pasar de los signos del poder al poder de los signos. Es cierto que hablaba en el contexto italiano, pero la frase no dejó de impactarme. Cuando hace pocos días se celebró el aniversario de la muerte de este obispo y el Papa fue a visitar su tumba, se puede advertir que el Papa Francisco, de modo consciente o inconsciente, ha vivido algo semejante: se ha ido despojando, sin gran ruido, de los símbolos del poder, incluso de los que han caracterizado a los papas durante mucho tiempo. Ha realizado signos personales de gran fuerza: por ejemplo, el hecho de celebrar durante cuatro años seguidos el Jueves Santo en la cárcel, o el de acudir a la isla de Lampedusa a arrojar flores en el mar, a la vez que decía que no hay derecho a que el mar Mediterráneo se concierta en tumba de gente que lo que busca es una vida mejor. Sin olvidar el gesto de la publicación de la *Laudato Sí*. Son constantes sus gestos simbólicos, símbolos de gran poder, como el de visitar en Myanmar a los refugiados rohingyas, de tan

gran sentido humano. Sin duda la Iglesia tiene que cambiar en esa dimensión del poder de los signos más que de los signos del poder.

El lunes pasado tuve ocasión de participar en la celebración de un signo importante, en relación con las migraciones venezolanas en América Latina: la presentación de un programa de ayuda a los migrantes venezolanos en los países de Sudamérica, hecho por ocho conferencias episcopales latinoamericanas. Nació en una reunión de los departamentos de migración de las conferencias episcopales de Sudamérica, en octubre pasado en Chile, cuando cada una de las conferencias episcopales leyó su informe sobre la situación de la migración en sus respectivos países, y apareció el fenómeno universal de la ola de migrantes venezolanos. Los obispos se dijeron: *“hagamos un programa conjunto”*. No he conocido ningún otro ejemplo en el que ocho conferencias episcopales se pongan de acuerdo para realizar un programa en común, con apoyo de la Secretaría para el desarrollo Humano de la Santa Sede. Es un verdadero signo. Posiblemente ese programa apenas alivie sólo un pedacito del drama que suponen las migraciones venezolanas en América Latina, pero como signo es muy poderoso, además del efecto real sobre las personas concretas. Porque con el millón de dólares que se puede gastar en un programa de ese tipo no es posible atender a la migración de dos millones de personas que hay en Sudamérica, pero el signo muestra de modo claro la importancia que se le da a ese fenómeno. Es un gesto de abrir espacios, de acoger.

En el caso de Europa, no hay registro histórico de movimientos tan grandes como los que se están dando en la última década. Europa es uno de los continentes receptores de migrantes, por lo que las migraciones se están convirtiendo en un gran reto para la cristiana Europa. Mucha gente buena acoge, pero también se está produciendo una corriente contraria y están resurgiendo nacionalismos para frenar las migraciones. Nacionalismos que ganan las elecciones, o hacen crecer mucho los partidos que proponen el cierre de fronteras. La acogida de nuevo como un signo muy importante.

5.3. El último desafío para la Iglesia que deseo subrayar es éste: la **formación de ciudadanos universales en un mundo intercultural**. Hemos de lograr que la globalización no signifique homogeneización. Es importante la defensa de la biodiversidad en la naturaleza, pero es claro que esta defensa debe encontrar un paralelo en lo que toca a la vida humana. La riqueza cultural humana es reflejo de Dios. La interculturalidad es un valor universal, es expresión de una ciudadanía que pone el bien común por encima de los intereses de cada cultura. Por eso la integración de las culturas como horizonte significa un desafío para la Iglesia. No olvidemos el significado de la palabra “católica” que acompaña a nuestra Iglesia. El cristianismo es una fe que se debe y se puede encarnar en todas las culturas y transformar las culturas para hacerlas más humanas. El ser humano católico, con su acogida de la diversidad, posee una visión realmente universal.

Muchas gracias por su atención.



Homilía

en la fiesta de la Ascensión



Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús
Valladolid, 13 de mayo de 2018.

P. General Arturo Sosa, S.I.

1ª Lectura: Hch 1, 1-11

2º. Salmo 46.

3º. Efesios 1, 17-23

Evangelio Mc 16, 15-20

Queridos hermanos y hermanas:

El relato de Lucas en los Hechos de los Apóstoles es realmente hermoso, un relato lleno de vida. Jesús sube al cielo, pero no de cualquier manera. Jesús sube al cielo como los grandes profetas, como Elías subió al cielo llevado por el Espíritu. No es un acto mágico. Es la suma expresión de Jesús, que toda su vida se dejó llevar del Espíritu, y ahora asciende llevado por ese mismo Espíritu mientras continúa haciendo lo que ha hecho siempre, que es transmitir su palabra, profundizar la relación con sus discípulos, comunicarles tantas cosas como quiere compartir con ellos. Ese mismo Espíritu que se lleva a Jesús al cielo es el que convierte a esos discípulos en testigos de la llegada, muerte y resurrección de Jesús, responsables de la misión que el mismo Señor comenzó y puso luego en sus manos.

Poco antes Jesús había dicho a los discípulos: “Les conviene que yo me vaya”. Una separación siempre duele, y las separaciones, cuando se ha creado un lazo tan profundo como el que se había creado entre Jesús y sus discípulos, son como si nos arrancásemos algo, como si algo se rompiera. Jesús había insistido durante la Última Cena, como relata el evangelio de Juan: «Les conviene que me vaya” Porque si yo me voy recibirán el Espíritu Santo. Serán bautizados en el Espíritu Santo, como celebraremos con el signo de Pentecostés.

La continuidad, y la permanencia de Jesús entre ellos y entre nosotros, sucede a través del mismo Espíritu que ahora se lo lleva al cielo. Y Jesús añade aún: «Solo si reciben el Espíritu Santo serán capaces de llevar el peso de este encargo, de esta misión, de esta tarea. Por sí mismos, no pueden llevar ese peso». Hablaba de su propia experiencia. También Jesús había llevado el peso de su misión, un peso tan grande como el peso de la cruz,



soportado por el Espíritu Santo. El Espíritu que mantuvo a Jesús, hasta la muerte en la cruz, y que hará posible que sus seguidores, nosotros, podamos llevar el peso de la misión, y que entendamos lo que en un primer momento no es fácil de entender. Empezamos por creer en Él, sin entender aún la magnitud, la profundidad, la complejidad de la tarea que se nos encarga.

Jesús asciende por el Espíritu Santo, porque antes ha descendido. La Ascensión es una parte, una nueva etapa de ese proceso que comienza con la decisión trinitaria de descender, de hacerse uno entre nosotros, de tomar carne humana, de hacerse un pobre entre los pobres. Ahí comienza el proceso de la Ascensión. El Señor asciende después de haber descendido hasta nosotros, como cabeza de este cuerpo. Por eso, la Ascensión, no es una despedida. Me atrevería a decir que ni siquiera es una partida. No es que Jesús se vaya; ahora confirma su nueva forma de presencia entre nosotros, su nueva forma de presencia en la historia humana, una nueva forma de presencia que comienza con la Resurrección. Cuando Jesús finalmente entrega su vida en la cruz y, como dicen los Hechos de los Apóstoles, el Padre lo resucita a la vida de Dios, comienza su nuevo modo de estar presente entre nosotros. Es el fruto de la vida recuperada porque ha sido entregada. Y por eso Jesús les pudo decir también: «Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos. No estoy como estaba antes, pero estoy. Estoy con ustedes todos los días en el Espíritu, en la Eucaristía, en la solidaridad, en la inspiración de tantas personas que también dan su vida».

Si no fuera así, no tendría sentido, por ejemplo, la narración que hace el propio Pablo de su encuentro con el Señor: Pablo va camino de Damasco persiguiendo cristianos, convencido de que la mejor obra para servir a Dios era perseguirlos; y, de repente, se encuentra con Jesús. La voz que siente en ese momento le dice: «¿Por qué me persigues?» No dice por qué persigues a mis discípulos, a los que me quieren, a los que me siguen, sino “por qué me persigues a Mí”. Jesús mismo está presente en medio de

nosotros. Jesús nos acompaña todos los días, tras su muerte y su Resurrección.

Más aún, como escuchamos también en la lectura, Jesús crea el cuerpo de sus seguidores que es la Iglesia. Él es la cabeza. La cabeza que completa y que va delante. El que encabeza una fila, o un grupo, es el primero que llega. Jesús es la vanguardia, es la cabeza que llega, y reconstruye un puente entre nosotros, los seres humanos, y Dios, que está tras esa imagen simbólica del cielo al que se dirige. Nosotros lo recorremos tras Él, vamos junto con Él, porque el cuerpo no se separa ya nunca de su cabeza, tras la unión con su muerte en la cruz, donde quedó trabado ese cuerpo que somos los seres humanos, invitados al ascenso a la vida divina. Nuestra cabeza, que es Cristo, nos comunica la vida que ha recibido en la Resurrección, y todo el cuerpo pasa a ser testigo de una vida nueva en Cristo Jesús.

Por eso nosotros podemos decir, cuando comenzamos la plegaria eucarística, en el prefacio de la misa: «Levantemos el corazón». Respondemos: «Lo tenemos levantado». Nuestro corazón asciende con el Señor porque asume la responsabilidad de continuar su misión, porque en comunión con él somos anunciadores de esta hermosa noticia, esta buena noticia de la



liberación de todos los seres humanos. Aunque nuestros brazos y nuestras piernas sigan aquí, pegados al suelo, testimoniando el mensaje de la liberación de todos. El corazón en alto, pero los pies y manos bien pegados a la tierra, para poder hacer el mismo camino que hizo el Señor, de descenso y ascenso.

Celebrar la Ascensión del Señor es confirmar nuestra

fe en Cristo encarnado, en Jesús de Nazaret, proclamado pobre entre los pobres. Jesús, que no hizo otra cosa en su vida que demostrar que un ser humano puede pasar toda su vida haciendo el bien a los demás, sin preguntar ni “a quién” ni “por qué”. Que fue injustamente, aunque libremente, crucificado, aceptando el camino que Dios le señalaba, y resucitó de entre los muertos. Esta fiesta de la Ascensión del Señor es la fiesta de la confirmación en nuestra fe.

Es la fiesta de la confirmación de nuestra comunión con el Señor. De reconocer que está y sigue con nosotros, y que da sentido a nuestra vida de entrega cristiana, en la que somos testigos de vida nueva. Hoy es, sobre todo, la fiesta que nos recuerda nuestra plena responsabilidad sobre la historia humana.

Jesús abrió el camino y nos dijo: «Hagan camino. Recorran el camino. Lo que hagan aquí será lo que yo haga allá. Lo que perdonen en la tierra será perdonado en el cielo». Verdaderamente nos ha constituido en responsables de la historia.

Estoy diciendo esto y me sobrecoge, al pensar ¿no habrá sido Jesús un poco irresponsable al dejar en nuestras manos semejante tarea? Dios confía tanto en nosotros que pone una enorme responsabilidad en nuestras manos. Tenemos en nuestras manos la credibilidad de Dios.

Somos nosotros los que podemos, o no, hacer presente a este Jesús nuestro, que se hizo uno de nosotros y entregó su vida y subió al cielo. Si seguimos ese camino, la palabra de Dios se hará realidad en esta tierra.

Recibamos la invitación a asumir nuestra responsabilidad. Sabemos que gracias a que Jesús asciende al cielo recibimos nosotros el Espíritu que nos da la fuerza de convertirnos en liberadores de la historia humana.

Que así sea.



Encuentro con jesuitas

Villagarcía de Campos (Valladolid)

13 de mayo de 2018.



P. General Arturo Sosa, S.I.

1. Presentación

Estoy contento de estar en esta comunidad de la Provincia de España, que en su día fue enclave de muchas vocaciones misioneras, porque vengo de una provincia pequeña y joven, que nació de las provincias españolas. La Compañía de Jesús llegó a Venezuela en 1916 y su presencia allí, antes de la supresión, fue muy pequeña: apenas un colegio en Caracas, que tuvo muy corta vida al haber sido fundado poco antes de la supresión, y las misiones del Orinoco. El actual Centro Gumilla recibe su nombre del padre valenciano José Gumilla, gran explorador de aquella zona y autor del libro *El Orinoco Ilustrado*, que contiene gran cantidad de noticias de botánica y sobre los pueblos indígenas y en el que propone una defensa de los pueblos del Orinoco. Pero después los jesuitas desaparecieron del país hasta 1916, cuando fueron llamados para hacerse cargo del Seminario Interdiocesano en Caracas y llegaron 4 o 5 jesuitas. Poco a poco, fundaron más tarde una residencia. La primera oleada de jesuitas que llegó a Venezuela venía de Castilla Oriental y después, cuando se constituyó en región dependiente, de la provincia de Loyola.

Yo entré en la Compañía de Jesús en 1966, cuando los jesuitas cumplían 50 años de su llegada a Venezuela. A mi entrada en la Compañía éramos en la provincia unos 250 jesuitas, entro los cuales había bastantes jóvenes, ya que la política en ese tiempo, gracias a la generosidad de las provincias españolas, fue de enviar novicios, de modo que ya en el noviciado llegaba un grupo a Venezuela, para continuar luego sus estudios en Colombia, en Ecuador o en otras partes. Digamos que cuando yo entré el 90% de los jesuitas en Venezuela eran nacidos en España y solo unos pocos éramos venezolanos. En cambio, ahora, todos los jesuitas menores que yo, menores de 70 años son ahora venezolanos, porque durante los siguientes 50 años ya no vinieron más jesuitas de España. Tenemos una historia y una tradición que estimo excelente.

Ciertamente, los jesuitas españoles que fueron a Venezuela iban a encarnarse. Tenían el propósito real de seria inculturación, de hacerse venezolanos incluso legalmente, y nos transmitieron esa pasión por echar raíces allí

donde estemos, introduciendo la esencia de la espiritualidad de la Compañía. Yo estoy sumamente agradecido a la Provincia de España y a esa tradición. Y muy contento de estar en esta casa, porque nunca había estado en ella, y Villagarcía siempre fue como un mito para nosotros. Se hablaba mucho de Villagarcía: los que habían pasado y los que no habían pasado por ella portaban el sello de Villagarcía. El noviciado, las prácticas de Villagarcía tan conocidas... Poder poner los pies aquí es una alegría de verdad grande para mí que, de los 52 años que llevo en la Compañía, 46 los he vivido en Venezuela. Me he dedicado fundamentalmente al trabajo social a través del Centro Gumilla y al trabajo universitario como profesor en una universidad nuestra y también en la universidad pública.

Quiero compartir alguna cosa con ustedes. Después ustedes pueden preguntar. No habrá preguntas indiscretas. Pregunten lo que quieran.

2. La Reconciliación, llamada de la Compañía de Jesús

Qué preocupa a la Compañía en este momento. El padre provincial ha hablado sobre el momento que atraviesa la Provincia de España y de su Proyecto Apostólico. Yo quiero decirles qué nos está pidiendo la Compañía a través de la Congregación General. Porque la Compañía, reunida en Congregación General, ha expresado hacia donde debemos orientar nuestras fuerzas y nuestros recursos en los próximos años.

Esta CG36 fue muy largamente preparada. Seguramente recuerdan que el padre Nicolás, al convocar la CG, formuló varias preguntas. Preguntas sobre cuáles pudieran ser las tres llamadas principales que Dios hacía en este momento a la Compañía. Las Congregaciones Provinciales respondieron con gran riqueza de detalles. Se lo tomaron muy en serio, y, realmente, hicieron llegar hasta al Consejo General, donde yo estaba como Delegado de las Casas Internacionales de Roma, una gran abundancia de propuestas sobre lo que la Compañía sentía que debía atender. Se observó también una gran convergencia. A mí me impresionó mucho ver, en esos documentos previos a la CG, cómo los jesuitas sentimos (hablo en plural porque el sujeto es comunitario) la realidad de vivir en un mundo realmente herido. Herido en muchos sentidos: la herida de las guerras en tantas partes; las heridas de las colonizaciones políticas e ideológicas y de la persecución; las heridas de los muros entre religiones, que se enfrentan de manera belicosa; el aumento de la violencia social en prácticamente todos los países del mundo donde estamos presentes...

De allí surgió, como decían todas las congregaciones, el fuerte convencimiento de que **“nos sentimos llamados a contribuir a la reconciliación”**. Se hablaba de que hay mucha gente herida. Se mencionaba el tema de la inmigración, por supuesto, y todo lo que eso implica de personas que han de dejar el propio país, con sus dramáticas historias, de los recorridos que la gente tiene que hacer para salvar la vida, de las dificultades de integración... Nos hallamos ante una realidad nueva. La CG36 llegó a resumir y a profundizar el sentido de nuestra misión alrededor de la palabra **reconciliación**. Es verdad, y así lo percibo yo, que la palabra reconciliación figura ya en los documentos de CGs

anteriores, no es cosa nueva, sino continuación de lo que ha sido la reflexión de la Compañía desde el Concilio Vaticano II. Ha ido apareciendo con distintas palabras y matices, como *fe y justicia*, el primer binomio que realmente provocó en la Compañía un cambio importante ya en la CG32 (1974-75).

A la *reconciliación* se añadió el desafío del **diálogo**. Del diálogo con las culturas y el diálogo con las religiones. En la CG35, cuando fue elegido General el Padre Nicolás, el tema de la justicia apareció bajo una nueva luz. La justicia comenzó a leerse a través de la problemática de la ecología, del equilibrio y la defensa de la naturaleza. Así, la palabra reconciliación recogía toda esa tradición y la profundizaba de un modo desafiante y real para nosotros.

Señalo tres aspectos de la reconciliación:

- La Congregación recorre la **reconciliación entre los seres humanos**, con toda la complejidad que supone un mundo convulsionado, herido, en movimiento, desigual. Una tarea inmensa, que es la tarea de la justicia, tal como la entendimos en el pasado y tal como pone de relieve el título *“Compañeros en una Misión de reconciliación y justicia”*. Sin justicia no hay reconciliación. La reconciliación no solamente pone las cosas en su puesto, como hace la justicia: señala la misericordia y el perdón como la auténtica sanación de la herida producida por la injusticia.
- La **reconciliación con la Naturaleza**, con la Creación, el trabajo de rescatar nuestra civilización que puede acabar con el planeta Tierra.
- Y la **reconciliación con Dios** que es el foco de nuestra motivación y del anuncio que mueve nuestra fe y nuestra esperanza.

Esas tres dimensiones no se pueden trabajar separadamente. Están entrelazadas entre sí y constituyen un conjunto inextricable. La CG36 quiere que nos hagamos compañeros con otros y con otras. Quiere que entendamos la Compañía de Jesús no sólo como una comunidad de religiosos, que en efecto somos, sino que pensemos una Compañía de Jesús que trabaja en colaboración con otros, que colabora con otros, de modo que todos juntos vivamos unidos la misión de la Iglesia, que es la **reconciliación de todas las cosas en Cristo**, como expresa el apóstol Pablo.

3. Líneas marcadas por la CG36 sobre el modo de proceder de la Compañía

De ahí surgen para nosotros una serie de desafíos: La CG ha atendido más al *cómo* que al *qué* debemos hacer en nuestro modo de proceder, en nuestro apostolado. Es decir, la CG no discutió qué hacemos o qué tenemos que hacer, porque lo que estamos haciendo tiene larga tradición y mucho sentido. Poseemos una tradición educativa, pastoral y espiritual, como son nuestros Ejercicios Espirituales. Nadie discute que eso es lo que hay que hacer. Pero lo queremos hacer mejor. Repito una vez más: la CG puso el foco más en el *cómo* tenemos que hacer eso en este momento, y eso le lleva a darnos algunas líneas, algunos elementos importantes que definen cuál debe ser nuestro modo de proceder como jesuitas, que les resumo en tres subrayados:

3.1. El discernimiento en común y la planificación apostólica. La Compañía no quiere ser una Compañía arbitraria, que hace lo que le parece en aquello que va juzgando más importante, o que hace lo que razonadamente siente que está en su mano con las fuerzas que tiene. La Compañía nació para hacer la voluntad de Dios, y eso significa discernir previamente esa voluntad de Dios. Nos estamos refiriendo a un discernimiento en común, no a un discernimiento personal. Hablamos de un discernimiento del cuerpo

de la Compañía, que además es de todo el cuerpo apostólico. Es decir, no sólo de los jesuitas, sino de ellos junto a todos los que comparten la misma misión al modo ignaciano y con el carisma de la Compañía. La Compañía, a través de la CG36, señala que el discernimiento en común es el primer modo que nos permite encarnar nuestro cuerpo apostólico, lo cual hace necesario potenciar nuestra capacidad de hacer un discernimiento en el que participemos todos los llamados a la misión que la Iglesia encomienda a la Compañía de Jesús.

Pero este discernimiento se queda en el aire si no va unido directamente a la planificación apostólica. El discernimiento nos dice, a través de lo que sentimos, a dónde nos lleva el Espíritu Santo. Una vez que el Espíritu indica una dirección, se hace necesario planificar cómo llegar a la meta. El Espíritu no nos va a dar los recursos ni los medios. Nos toca a nosotros *planificar* para poder llegar alcanzar los objetivos. Y nos es bien conocida la tensión del *magis* Ignaciano, que nos impulsa a hacer las cosas siempre mejor. Hacer más y mejor, recibiendo la confirmación de la presencia del Espíritu en nuestro discernimiento.

La **planificación**, pues, se convierte en otro modo importante, necesario en nuestra vida como jesuitas. Me refiero a la planificación *apostólica*. Porque hay muchas técnicas de planificación y

diversas maneras de hacer planificación estratégica. Pero nosotros insistimos en que se trata de la planificación "apostólica", de modo que el carácter apostólico dé a la planificación su sentido de misión, con una dosis importante de audacia, porque va más allá de si se puede o no se puede. Se pueda o no, nosotros queremos avanzar en el sentido que se nos pide. Recuerden que el Maestro General de los



dominicos, que presidió la eucaristía al inicio de la Congregación General, nos recordaba nuestro deber de practicar la “audacia de lo improbable”.

Cuando fui yo el que debió hablar en la primera Misa tras ser elegido Superior General, me vi impulsado a proponer como actitud jesuítica la “audacia cristiana de lo imposible”. Tenía ante los ojos la imagen de la conversación entre María de Nazaret y el arcángel Gabriel. María insinúa “bien..., pero esto es imposible”, para escuchar la respuesta del arcángel: “para Dios nada es imposible”. Dios dice simplemente “hágase”.

Cuando nosotros nos planteamos hacia dónde nos lleva el Señor, solemos experimentar que no podremos llevar a cabo sus deseos. Surge en nosotros el pensamiento de que “eso es imposible”. Pero tenemos que dar el paso que dio María, y decir, *“si el Señor nos está llamando, aunque sea imposible vamos a tener que seguirle, porque el Señor va a hacerlo todo con nosotros, a través de nosotros”*. Esta actitud es uno de los modos típicos de un cuerpo apostólico que vive de la esperanza. Que planifica lo que hace, pero sabiendo que el resultado no depende de él. Depende de abrirse o no completamente a la gracia del Señor, que nos llevará mucho lejos de lo que prometían nuestras fuerzas.

3.2. *No podemos y no queremos estar solos.*

Otro modo como la CG36 nos invita a trabajar de ahora en adelante es a no

trabajar solos. La Compañía de Jesús se siente compañera de muchos, y sabe que forma parte de algo más grande que ella misma. La misión de la Compañía no es una misión privativa suya. Es un pequeño pedacito de la misión de la Iglesia. Desde su nacimiento, la Compañía existe para servir al mundo a través de la Iglesia y enviada por la Iglesia. Ser “compañeros” significa, por tanto, ser “colaboradores”.

Asimilar esta realidad lleva consigo una invitación muy clara a todos los jesuitas a cambiar su manera de pensar. No podemos decir que algunos colaboran con nosotros, sino que nosotros “colaboramos con” otros: si nosotros queremos realmente hacer ese “imposible” al que nos motiva el Espíritu, tenemos que ponernos a colaborar entre nosotros y con otros.

Ese “otros” incluye a los que comparten con nosotros el trabajo apostólico, directamente, bajo la responsabilidad de la Compañía, y también a otros que caminan en la misma dirección. Y añado algo que se va haciendo cada vez más común, incluso en los países de tradición cultural cristiana: compartimos la misión también con gente que no comulga con la fe cristiana, o ni siquiera tiene otra fe religiosa. Me refiero naturalmente, a los que viven en la indiferencia o en el agnosticismo de una sociedad secularizada. Llevamos muchos años trabajando en distintas partes del mundo codo a codo con personas que no comparten nuestra misma fe, pero sí comparten nuestra misión, sí comparten nuestro trabajo. Y eso muestra cómo el Señor se vale de cualquier modalidad de relaciones para poder llevar adelante el anuncio del Evangelio.

Por supuesto, al anuncio no renunciamos. Somos conscientes de que la misión de la reconciliación es la misión de anunciar el Evangelio, e intentamos, en estas últimas décadas, hacerlo de las formas más insospechadas. A anunciar el Evangelio no podemos renunciar.



3.3. El trabajo en red.

La CG36 terminó encareciendo que la Compañía lleve a cabo su misión “trabajando en redes”. Valga la expresión popular: ¡tenemos que enredarnos! No sé si alguno de los que están aquí participó en el encuentro de Río de Janeiro en octubre pasado. Fue la primera vez, en 470 años de vida de la Compañía, en que se reunían los delegados de Educación de todas nuestras provincias. Participaban también algunas redes educativas, como Fe y Alegría o las Escuelas Cristo Rey de Estados Unidos, y otras experiencias similares de África y Asia. Fue una reunión muy grande, de 400 personas trabajando cara a cara. Conocemos la importancia del apostolado Educativo dentro de la Compañía, y su larga tradición antes de la supresión, después de la supresión y ahora en el presente. Ha sido de enorme importancia y lo seguirá siendo, porque es algo que la Compañía se siente llamada a hacer y que puede hacer bien.

La reunión de Río fue como una espléndida explosión de sinergia apostólica. No solamente por su impacto afectivo, sino porque se reveló eficaz. No fue una reunión improvisada; se había preparado durante tres o cuatro años en varios lugares del mundo. Logró proponer 13 objetivos comunes para toda la red de colegios, centros de nivel no universitario de todo el mundo, que se perseguirán de una manera conjunta. Es un buen ejemplo de trabajo en red.

En el ya cercano mes de julio se tendrá una reunión en Bilbao de todas nuestras universidades del mundo, la tercera que celebramos. Uno de sus objetivos es crear también a ese nivel una nueva red, que permita poner en común nuestro trabajo universitario. Se han hecho avances importantes en el ámbito del trabajo social. Y tenemos que buscar la manera de hacerlo en la labor más directamente pastoral. Es el modo como la Compañía nos pide trabajar. No se trata de hallar un nuevo **qué** hacer, sino de hallar **cómo** hacerlo mejor.

4. Mandatos de la CG36 a los jesuitas

De la CG36 nos llegan también algunos mandatos.

4.1. Formulación de las preferencias apostólicas universales y las novedades para llevarlas a cabo.

Un mandato explícito, en cuya ejecución seguramente participan ya ustedes, es el de formular cuáles son actualmente nuestras “preferencias apostólicas universales”.

La primera vez que se intentó avanzar en este sentido fue a partir de la CG34, que pidió al Padre Kolvenvach una formulación de las preferencias apostólicas de la Compañía. Su respuesta llegó cinco o seis años después. Fueron, como seguramente recuerdan, porque entre ustedes hay gente que ha trabajado en China: China, África, las migraciones, el apostolado intelectual y las casas interprovinciales de Roma. Esas cinco preferencias fueron de nuevo confirmadas por la CG35. Pero también solicitó su actualización. La CG 36 no solo las ha confirmado, sino que ha pedido al Padre General que las someta a revisión, indicándole cómo debe hacerlo: debe revisarlas con la mayor participación posible de todo el cuerpo apostólico de la Compañía, de todos los que trabajan en la misión compartida. Noten que es una novedad importante. Pide que se revisen entre todos y se decida si hay que formular alguna nueva preferencia.

Es algo sobre lo que venimos trabajando desde hace un año en el Consejo General Ampliado. El CGA funciona desde julio de 2016 y lo forman los consejeros habituales del Padre General, a los que se suman los secretarios de los Sectores Apostólicos, o sea, los secretarios de Educación Universitaria, Educación Secundaria, de Justicia Social y Ecología, se Colaboración, más los seis presidentes de las Conferencias de Superiores Mayores. Nos reunimos tres veces al año. Cada una de esas tres veces la reunión dura una semana, constituyendo el lugar, el espacio y el momento más apropiado para el discernimiento del Gobierno Central de la Compañía.

El Consejo General Ampliado ha tenido y tiene reuniones muy bien preparadas, para afrontar el discernimiento de las Preferencias Apostólicas Universales. Se han establecido unas líneas generales y un calendario para cumplir lo decidido. Posteriormente cada Conferencia reúne a los provinciales, con el fin de diseñar un plan para la región, que cada provincia irá poniendo en práctica del modo más apropiado. Estamos ahora terminando la fase de trabajo en la Provincia de España. Ayer el padre Provincial presentó a los superiores el primer resultado de la deliberación en las comunidades, que se llevará luego a la Conferencia de Superiores Mayores.

Hace unas semanas se reunieron los coordinadores del apostolado social en Roma e hicieron una primera presentación de cómo ven ellos las preferencias. La reunión del Consejo Ampliado del próximo enero (2019) pondrá el punto final al discernimiento sobre las preferencias apostólicas. Pero, si queremos ser fieles al carisma de la Compañía, la misión que implican esas referencias, y las últimas orientaciones, tenemos que recibirlas de la Iglesia. Por eso, una vez terminado el discernimiento de la Compañía, las conclusiones serán presentadas al Santo Padre para que pueda confirmar, o pedir que se cambie alguna cosa, o resituar algunos acentos. Esperamos que el Santo Padre nos diga en qué y cómo la Compañía, con lo que es y tiene, puede ayudar mejor a la Iglesia.

Como ven, las preferencias apostólicas universales no son una discusión sobre el qué hacer, no intentan decirnos a qué apostolados debemos dedicarnos. Ese no es el estilo de este proceso. Lo que buscamos son orientaciones, líneas de trabajo que puedan ser encarnadas y aplicadas en todos los apostolados de la Compañía. Repito no es escoger entre diversos apostolados, ni hacer una jerarquización de la importancia de los mismos, sino una manera de indagar cómo todos los apostolados pueden orientarse en una dirección común de servicio a la Iglesia. Somos colaboradores en una misión única de toda la Compañía al servicio de la Iglesia.

Otra novedad de esas preferencias apostólicas universales es que establecen un tiempo de 10 años para su puesta en práctica. Tras esos 10 años tendremos que evaluar cuánto y cómo hemos avanzado. Anteriormente no se solían establecer plazos concretos.

Nuestra esperanza es que estas preferencias apostólicas universales nos ayuden a que los planes apostólicos de las provincias y de las regiones converjan en una dirección, siguiendo orientaciones generales. No se pretende sustituir nada, porque las preferencias apostólicas que buscamos no quieren ser un plan general, del cual se deduzca otro plan. Son orientaciones de la Compañía, que las provincias deberán considerar y ver cómo integran, de acuerdo con lo que cada una ofrece en su apostolado. Claro que cuando se hayan formulado las preferencias habrá que planificarlas, y el Gobierno propondrá un itinerario para que la Compañía pueda caminar realmente en esa dirección.

4.2. Otro mandato importante que nos hizo la CG36 es que se revisase el estatuto de la pobreza y las normas de administración de los bienes temporales. Creo que eso nos pone a los jesuitas en una situación espiritualmente importante, porque no se trata de una revisión técnica, de cambiar los métodos de contabilidad o la manera en que registramos las propiedades o hacemos nuestros inventarios.

Nos estamos situando ante uno de los temas más espinosos de la vida de la Compañía, que es la pobreza. La CG utilizó, como imagen inspiradora, el grupo de los primeros compañeros antes de la fundación de la Compañía. Y subrayó que una característica de ese grupo era su vida de pobreza: vivían pobremente siendo personas ilustradas. Asistían a las mejores universidades del mundo y algunos de ellos provenían de familias de alcurnia, pero el grupo vivía en pobreza y al servicio de los pobres. La Compañía nace de esa matriz. Cuando se nos plantea que revisemos el estatuto de la pobreza, se nos está recordando el voto que pronunciamos: Si hay que cambiar la manera como se vive la pobreza en la Compañía, según los

tiempos, personas y lugares, que sea para estrecharla.

La imagen que ofrecemos los jesuitas no es la de personas que vivan pobremente. No me refiero a las personas individuales, que hay jesuitas muy austeras, y los hay que viven muy pobremente y al servicio de la gente pobre. Como cuerpo, sin embargo, nuestra manera de vivir la pobreza está alejado del ideal que prometemos. Vivimos en condiciones, en el mejor de los casos, austeras. Pero en ese terreno nos encontramos ante una llamada del Señor, que nos pregunta cómo podemos ser más cercanos seguidores de Jesús que se encarnó no solamente en la humanidad, sino que fue pobre entre los más pobres. Esa es otra 'tareíta' que tenemos para los próximos años y yo tengo el propósito de convertir en tema de discernimiento en común de la Compañía, una vez que termine el proceso actual de las Preferencias Apostólicas.

4.3. Aún otro muy importante mandato: promover una cultura de la salvaguarda de los niños y personas vulnerables.

Pongo un grueso subrayado bajo la palabra **cultura**. Hemos avanzado mucho en estos últimos años elaborando un protocolo detallado para nuestros colegios, para las parroquias y centros sociales, de modo que nos permita reaccionar pronto y sin improvisación ante posibles casos de abuso. Pero se nos pide dar un paso más, y es que contribuyamos a cambiar la cultura. Las situaciones de vulnerabilidad - y las mismas personas - dependen de una situación social que produce las situaciones y de una cultura que las permite. Si de veras queremos llegar a la raíz, es nuestra obligación cambiar la cultura. Es decir cambiar las relaciones sociales para empezar a transformar la sociedad.

Es un problema de justicia y de reconciliación, pues se trata de crear unas relaciones humanas que permitan a las personas vivir en paz, en clima de seguridad, sin sentirse amenazadas debido a sus condiciones de

vulnerabilidad. Tenemos por delante un trabajo complejo que no se resolverá en los próximos 10 años, sino en un número indeterminado de generaciones. Pero tenemos que empezar ya a desenmascarar la cultura que lleva a que haya tantas personas vulnerables, y a investigar cómo podemos contribuir nosotros a cambiarla.

5. Proceso de beatificación del padre Arrupe

Quiero terminar con una buena noticia. Hemos decidido pedir ya luz verde a la Iglesia para iniciar la causa de beatificación del Padre Arrupe. El Padre Arrupe ha sido para nosotros, con toda certeza, una figura de gran relieve, pero, queremos resaltarlo ahora, fue sobre todo una persona que vivió la santidad de manera profunda y original, y que la vivió en todos los momentos de su vida: como joven, como jesuita, como maestro de novicios, como provincial y como general.

No se trata de exaltar el gobierno del P. Pedro Arrupe, sino su persona. De esa persona que supo identificarse realmente con el Señor y que hizo de su vida un anuncio del Evangelio. Quiero pedirles a ustedes, especialmente a los que viven en esta casa, su oración por esta intención. Mucha oración para que realmente seamos capaces de demostrar cómo el Señor se hizo patente a partir de la vida del Padre Arrupe y podamos servirnos y servir a la Iglesia y a la humanidad, ofreciéndole esa figura tan bella de santidad que fue Pedro Arrupe.

Es posible que aquí en España haya personas capaces de dar testimonio de lo que ha sido su vida. Hay aún, sin duda, religiosos y religiosas que lo conocieron. Posiblemente hay quien conoce a alguna persona que le tiene devoción especial. Es necesario poner de relieve que existe devoción al P. Pedro Arrupe. Yo le pido insistentemente que no olviden esta intención que les propongo, como parte de la misión que tienen de orar por la Iglesia y por Compañía. Pongan al P. Arrupe en el centro de su oración y haremos posible entre todos que la Iglesia reciba un enorme regalo.

Homilía

Eucaristía en Alcalá de Henares



Comunidad San Ignacio de Alcalá de Henares (Madrid)
14 de mayo de 2018.

P. General Arturo Sosa, S.I.

1a Lectura: Hch 1,15-17. 20-26 2o.
Salmo 112.

Evangelio: Jn 15, 9-17

Conocemos bien el texto del Evangelio de hoy y creo que recuerda cosas muy fundamentales de nuestra vocación. *No me elegisteis vosotros a Mí, sino que yo os elegí a vosotros.* Esa es la primera conciencia que tenemos que mantener en nuestra vida: que no es a nosotros a quienes se nos ocurrió venir aquí, estar en esta Compañía; fuimos llamados, fuimos elegidos. Y ahí tenemos un primer motivo de acción de gracias permanente. Porque ciertamente no hemos sido elegidos por ser los mejores, ni los más bonitos, ni los más elocuentes, los hijos más inteligentes... Sino, simplemente, porque el Señor así lo quiso. Mejor ni preguntarle por qué, sino simplemente aceptar esa llamada con agradecimiento.



Después nos dice el Señor: *“Ya no los llamo siervos, sino amigos”*, y nosotros desde tiempos de San Ignacio nos llamamos a nosotros mismos *“amigos en el Señor”*. Somos amigos en el Señor en la medida en que somos amigos del Señor. Que es también la otra parte del texto. *“Permaneced en mi amor, porque sin mí nada podéis hacer”*. Si somos amigos del Señor, podemos ser también amigos en el Señor, que es lo que queremos ser como Compañía,

como compañeros de Jesús, como jesuitas. Y eso también es sustantivo en nuestra vida.

Pero el Señor no se queda con las palabras en el aire, sino que dice en qué consiste ser amigo. Amigo es el que es capaz de dar la vida por el otro. El Señor demostró su amistad porque dio la vida por nosotros y nos llama, nos invita, nos elige para que también nosotros seamos capaces de dar la vida. Dar la vida no es fácil, dar la vida es también una gracia que recibimos del Señor. Aquí hay muchas vidas dadas, muchas vidas gastadas en el servicio, muchas vidas entregadas, y todavía nos queda invitarnos mutuamente a continuar dando la vida.

Dice además el Señor: “Para que su alegría sea completa”. Esa es nuestra felicidad. Nuestra felicidad es dar la vida. Y cuando nos encontramos con alguien que ha dado su vida nos alegramos, y mucho, de poder ver cómo el Señor nos permite, nos regala, la gracia de poder dar la vida.



Que no es fácil nos lo recuerda la fiesta de hoy. San Matías había sido agregado al Colegio de los Apóstoles porque Judas se había desgajado, escogiendo otro camino. No lo esconden ante nadie, sino que dicen: “Eso nos recuerda a nosotros, que aun siendo elegidos, aun teniendo la gracia y la posibilidad de dar la vida, podemos apartarnos y tomar otra senda. Podemos traicionar la amistad de Quien nos la ha dado”. Por eso debemos tener siempre presente lo que significa ser amigos en el Señor y cultivar sin desfallecimiento su amistad.

Ahora que leo de nuevo este texto de los Hechos de los Apóstoles, me doy cuenta de que olvidé algo al escribir a la Compañía la carta sobre el discernimiento: no mencioné, lo digo con una cierta dosis de humor, el método de discernimiento que aparece en los Hechos. Yo insistía en que cualquier discernimiento debe dejar claro, desde el comienzo, cómo se tomará la decisión final. Y resulta que los apóstoles la decisión la toman echando a suertes. Así que ahora le voy a proponer al Padre Asistente que, cuando me llegue una terna o una bina, me ahorre el tiempo de leer los informes, porque se supone que los que vienen presentados son como estos dos, buenos candidatos. Bastará con echarlo a suerte como método de discernimiento. ¡Parece un método eficiente porque a Matías no le fue mal!

Seramente quiero pedirles para que ustedes también nos ayuden a que la Compañía se convierta en una comunidad capaz de discernir, porque somos amigos del Señor y amigos en el Señor.

Y como también he compartido ya con otros jesuitas en estos días, quisiera pedirles especialmente a los que están en la enfermería, que pongan entre las intenciones de su oración, muy en primer lugar, la causa del Padre Arrape. Entrando en la sacristía vi que han colocado un retrato de Arrape, lo que me hace suponer que, como tantos jesuitas, también ustedes son devotos del padre Arrape. Estamos iniciando los primeros pasos formales para introducir la causa de santidad del Padre Pedro Arrape. Así que yo les pido de corazón en este día en que me reúno con gente tan benemérita, que ustedes nos ayuden, con su oración, a que de verdad podamos llevar adelante la causa de un hombre que supo dar la vida al Señor, ya que no vivió en sus manos solamente sus últimos años, sino todo el tiempo, que fue capaz de dejar lo que era y tenía para irse a Japón, servir con entusiasmo en una situación de evangelización muy difícil, en una sociedad como la japonesa. Y que demostró su santidad también cuando inspiró a la Compañía a ser fiel a lo que el Concilio Vaticano II, y la Iglesia a través del mismo Concilio, estaban pidiendo. Ayúdenos a que podamos ofrecerles a la Iglesia y al mundo ese ejemplo de vida entregada y vida santa que fue nuestro querido Padre Arrupe.

